



Juan Valera

# **Adadus calpe**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Valera

## Adadus calpe

No hace muchos días que, hallándome yo en una reunión de hombres doctos, cité a la persona cuyo nombre sirve de epígrafe a este articulillo, y la cité como a una, o tal vez la primera, de nuestras glorias científicas contemporáneas. Todos se miraron asombrados y me dijeron que no conocían a semejante persona ni tan extraño nombre.

-No lo dudo -dije yo-; pocos la conocen en España, y si yo la conozco es por una casualidad. La conocí en una gran ciudad de la América del Sur, y tuve la dicha de hacerme su amigo y de que me explicase algo de sus doctrinas. La fatalidad nos separó muy pronto, y no he vuelto a saber de ella.

-Pero ¿cuál es su verdadero nombre? -dijo uno de los que me escuchaban-, porque Adadus Calpe me parece seudónimo.

-Su verdadero nombre no lo sé, y aunque lo supiera no lo diría. Es un gran secreto. Baste saber que Adadus Calpe es el nombre con que le conocen sus innumerables discípulos. Bajo este nombre publica sus obras, que son muchas, impresas las más en los Estados Unidos.

-¿Y usted no ha leído o no posee alguna de sus obras?

-He leído un poco de algunas, porque no hubo tiempo para más. No poseo ninguna, porque Adadus Calpe sólo tenía consigo un ejemplar de todas ellas y no consintió en cedérmelas por nada del mundo.

-¿Cuáles son los títulos de las obras que usted ha leído o, por lo menos, hojeado?

-Los títulos son: *Treinta noches en el mundo de los espíritus; De la vida dichosa, con algunas nociones de funifantasmagoría o arte de ahorcarse por gusto; Del origen de mal y de su remedio; Elementos de electrobiología; Idem macriobótica o ciencia de prolongar la vida; De la sabiduría antibabélica y del lenguaje primitivo; De las cuatro postrimerías del hombre.* Y, finalmente, una disertación sobre el mejor y más fácil medio de libertar de los trabajos serviles a la raza humana, multiplicando, aclimatando entre nosotros y educando a los orangutanes de Borreo y a los chimpancés del Congo.

Un señor que presume de muy grave, que no sabe leer más que en su libro y que no cree en más filosofía que la que le enseñaron en el colegio, exclamó al punto, algo amostazado:

-Me parece que está usted inventando a su antojo, sabio, nombre y títulos de obras, pues es imposible que haya en el mundo hombre tan disparatado, nombre tan singular y títulos tan ridículos.

-¿Cómo que es imposible? -contesté yo, incomodado de que se dudase de mi veracidad- Sujetos hay en España (y nombré a algunos que han conocido como yo a Adadus Calpe, y no me dejarán mentir. El mismo Adadus se aparecerá, tal vez, por Madrid el día que menos se piense, y le probará a usted que no es desatinada su ciencia. En cuanto a los títulos de sus obras, ridículos o no, yo sostengo que son exactos, al menos en el fondo, pues tal vez no los recuerde bien palabra por palabra. Si usted quiere cerciorarse de que no me burlo, envíe a Nueva York por los libros mencionados. Allí, si no están todos ellos, estarán algunos de

venta. Puesto que usted duda de la existencia real de Adadus Calpe, yo le diré que, en desquite, y por las mismas razones que ha dado usted, voy a dudar de Novoa, de Pujals de la Bastida y de otros sabios españoles que citó. Adadus Calpe, puesto que usted con sus dudas me obliga a hablar más desembozadamente, es un sabio español, natural de Cádiz, y aunque el mismo Adolfo de Castro le desconozca, yo afirmo que Adadus es gaditano y que ha nacido de muy ilustre familia, si bien por ser tan filósofo jamás se jacta de ello. Sé, sí, señor; sé su nombre y apellidos, pero no quiero, ni puedo, ni debo revelarlos.

-¿Qué dificultad hay para revelarlos? -dijo otro de los concurrentes, con marcada curiosidad:

-Muy grande -respondí-; ya he dicho que es un secreto de que no puedo disponer.

-Díganos usted, al menos, su edad- insistieron otros.

-También eso es difícil, ya que no imposible. Cuando le miraba yo sin intención, le juzgaba de treinta a cuarenta años; pero al mirarle atentamente, notaba en su entrecejo y en su frente espaciosa una huella tan profunda, que, por enérgico que fuese su pensamiento, no concebía que pudiera trazarla sino al cabo de muchos siglos de trabajo incesante. Estas arrugas tenían, empero, más profundidad espiritual que material, y los profanos, o no las percibían o no sabían ponderar su importancia. En cada una de ellas se escondía, como en un nido, multitud de meditaciones, de hipótesis y de antilogías. Allí estaban virtualmente todos los países del mundo que Adadus había recorrido, todos los infinitos libros que había leído, y todos los secretos que a la Madre Naturaleza había robado.

-¡Hombre! ¡Maravilloso sabio ha conocido usted en sus viajes! ¡Lástima que no se lo trajese usted consigo!

-Eso no podía ser. Lo que podía ser y yo temía era que él, por su poderosa fuerza de atracción electrobiológica, me arrastrase a seguirle en sus peregrinaciones.

-¿Y adónde iba cuando usted le conoció?

-A descubrir el Templo subterráneo del Sol, que está cerca del Cuzco; pensaba luego visitar las grutas misteriosas y el lago sagrado donde Manco-Capac y Mama-Oello se aparecieron por vez primera a los peruanos. Iba, por último, a subir a la cumbre de los Andes a ver si desde allí descubría el Paraíso terrenal, que, según su doctrina, está en aquellas regiones de América. Méjico, para él, es el antiguo Misrani, y el viaje de Moisés y de las doce tribus por el desierto, durante cuarenta años, fue desde Méjico a la Palestina.

-Estupendas noticias tenía ese sabio de los sucesos antiguos. Pero ¿qué fuerza de atracción electrobiológica era esa de que tanto temía usted dejarse arrastrar?

-Era tal y tan monstruosa, que cuando miraba a alguien magnéticamente, al punto le hacía sentarse, si estaba en pie, y dormirse, si estaba sentado. Si en la oscuridad sacudía los cabellos, se llenaba el aire de chispas, y eso que los cabellos eran postizos, porque gastaba peluca. ¡Imaginen ustedes qué rayos y qué relámpagos hubiera lanzado de sus cabellos propios! Pero en lo que hacía prodigios era en la electrobiología, que es, como si dijéramos, la perfección del magnetismo.

-Amigo mío -exclamó entonces un aficionado a las ciencias modernas-, me infunde usted el más vehemente deseo de saber algo de las doctrinas de ese hombre. ¿No podrá usted explicarlas?

-Sí -dijo otro-, refiera usted algunas de las conversaciones que tuvo usted con Adadus Calpe.

-Mucho me agradecería poder referirlas ahora mismo -contesté yo-; pero es empeño demasiado arduo. No las recuerdo muy bien y será menester que ponga en orden mis

reminiscencias. Hecho esto, prometo a ustedes escribir tres o cuatro de los más profundos coloquios que tuve con aquel sabio andante y desconocido de su patria.

MENGANO

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

